

## SERMON

### DE SAN ATILANO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

*Cogitavi dies antiquos : et annos æternos in mente habui.*

Pensé en los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos.

*Salmo 76. v. 6.*

¿Con que no es un delirio el decir que somos eternos, ni un sueño de nuestro orgullo el asegurar que solo en Dios se halla la medida de nuestra duracion, el precio de nuestra virtud y el modelo de nuestra existencia? ¿Con que es verdad que estamos destinados á no perecer jamas, á sobrevivir, como Dios, á la ruina de todos los imperios, á la destruccion de todas sus grandezas y aniquilamiento de todas las pasiones, á la extincion de todos los astros, y al regreso de toda la naturaleza á la noche de la nada...? ¿Y es cierto que en medio de todas cuantas vicisitudes experimentemos en esta vida, siempre que perseveremos fieles en adorar al Señor, se verificará indefectiblemente nuestra incorporacion en la unidad del mismo Dios, centro de delicias, de gloria y de felicidad...? ¿Qué pensamiento este, amables oyentes! ¿Qué pensamiento este! Él hizo santo al héroe de nuestra devocion, al grande prior de Moreruela, al admirable obispo de Zamora, al glorioso san Atilano, honor de Tarazona, ornamento de la iglesia española, y consuelo de nuestra gente.

Fué hijo de las oraciones de sus padres, educado con el esmero de la piedad cristiana, y puesto al estudio de las ciencias : pero al principiarlo oyó una voz interior, enérgica, persuasiva llena de virtud que le decía : « Abre á tus ideas é inclinaciones

una carrera mas basta : repara en la *eternidad* ; sondea los abismos ; medita sobre esta palabra *eternidad*, y ella te enseñará la ciencia y la virtud. Recapacita sobre una eterna felicidad, felicidad verdadera, felicidad inmensa, infinita é inalterable como el mismo Dios ; y si la quieres, si la deseas y tu alma anhela por poseerla, deja las sombras, apártate de las apariencias ilusorias, huye del engaño, y entra en el reino de la verdad, en el corazon del Evangelio. » Nada mas necesitó la gracia para hacer suyo al jóven Atilano. La idea de la eternidad se apoderó de su inocente alma : ella le hizo penitente cenobita en sus primeros años, virtuoso anacoreta en edad mas avanzada, ejemplar obispo en el último tercio de su vida, y santo esclarecido mientras pudo decir como el real Profeta : Pensé en los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos. *Cogitavi dies antiquos : et annos æternos in mente habui.* No : no es esta la filosofía del siglo XIX : esa filosofía opuesta al cristianismo en que nadie puede alistarse sin hacerse blasfemo : esa filosofía carnal y terrena que llena al mundo de males, y á sus profesores de remordimientos. Pero es una filosofía cuyo carácter consiste en la averiguacion de la verdad y en el amor á la sabiduría ; es una filosofía que hace sabios, virtuosos y felices á los hombres en esta y en la otra vida, como se ve en el glorioso san Atilano, suscitado por Dios y puesto en el mundo para hacernos inteligentes, y obligarnos á pensar como él en aquella eternidad que se pierde en infinitudes inconcebibles que confunden nuestra imaginacion cuando quiere figurársela, como voy á demostrarlo, advirtiendo que este púlpito no es el de los Ateneos, el de los Pórticos ó Liceos en que se enseña la fastuosidad de la ciencia que deslumbra y engaña, sino el destinado para arrojar rayos de luz, chispas de electricidad divina, y verdades con la virtud de hacer justos á los que las escuchan con docilidad y las conservan en su corazon para conducirse con ellas.

Reina del cielo : desde la eternidad os preordinó el Omnipotente para madre suya : en la tierra vivisteis siempre de las ideas de la eternidad, y en ella teneis vuestra morada dichosa, feliz y bienaventurada. San Atilano, vuestro siervo, os imitó en lo que le fué posible, y en la eternidad se halla engolfado en el gozo de su Señor. Haced que nos acontezca esto mismo á los que reconociéndoos por el auxilio de los cristianos, nos llenamos de gozo con solo deciros con el ángel : *Ave María.*



Las estatuas de los conquistadores, de los héroes y grandes del mundo serán sepultadas igualmente en un abismo, al momento en que desaparezca de la tierra el último de los escogidos. Entónces la mayor dominacion y grandeza quedarán oscurecidas con el resplandor de la dignidad régia y eterna de que será revestido el humilde y oscuro discípulo de la cruz y de la penitencia: entónces principiarán la fama y la gloria de los héroes de la gracia y de la eternidad: entónces se hará entender sensible y palpablemente á los hombres, que si el universo habia sido un espectáculo augusto y digno de los esmeros de su Criador, no fueron la causa sus grandes imperios, la magnificencia de sus ciudades, ni la celebridad de sus dominadores, sino que toda su gloria le provenia de estar destinado para servir de tránsito á los ciudadanos del imperio de la eternidad; de ser el lugar de las pruebas, de las tribulaciones y de las lágrimas cuya amargura tiene la virtud de elevar á los justos á la participacion de la gloria y de la eternidad de Dios. Entónces se verá que los humildes hijos de la fe eran el único apoyo de todas las obras de la creacion; que sus oraciones y suspiros habian tenido mas parte en la suerte de los estados, que toda la política de los que creen gobernar el universo, y poder ser los árbitros del destino de los pueblos; y que el hombre justo es el ser mas grande y excelente á los ojos del Señor, en cuya inmensidad se abismará para ser dichoso, feliz y bienaventurado con la dicha, con la felicidad y con la bienaventuranza del mismo Dios. Entónces... pero decidme, necios partidarios de las pasiones y de las puerilidades de un mundo falaz y perecedero: ¿se hallan estas especies en vuestras enciclopedias, en vuestros libros de elocuencia humana, ó en esas escuelas de fastuosidad y de lujo, en que se forman los sabios encargados de cubrir al mundo con las tinieblas de su ignorancia? ¿No es para vosotros exótico todo lo que voy predicando? Pues entrad en el santuario de la verdad; consultad con veneracion y respeto las santas Escrituras; estudiad el Evangelio; fijad vuestra vista en el glorioso san Atilano, y en estos depósitos sagrados hallaréis todo lo que os dejo indicado; todo lo que os conviene saber para obrar el bien y huir del mal; todo lo que los fieles debieran tener presente para conducirse sobria, justa y piadosamente, como lo encarga el Apóstol y lo mandan todas las leyes conocidas.

San Atilano salió de la inmensidad del Criador predestinado para la gracia: vió á Dios en la naturaleza y le bendijo: contemplóle redimiendo, santificando y dirigiendo á los hombres hácia el cielo, y le adoró: escuchó sus preceptos y se propuso observarlos con el divino auxilio: comprendió su origen, su tránsito y su destino: fijó su mente en la eternidad, y formando un juicio recto sobre lo temporal y eterno en que habria de imprimir su planta, se enardeció su espíritu, se elevó su alma, y echando una mirada investigadora sobre lo pasado, sobre lo presente y lo futuro, se resolvió en afectuosos movimientos de temor santo y de amor divino, y dijo fervoroso: « Pero Dios mio: ¿no sois vos nuestro único bien, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro asilo, nuestra gloria y nuestro todo? ¿No nos llamais con la voz poderosa de vuestra caridad inmensa, con la de vuestra gracia eficaz, con la de vuestros beneficios y con la de la irresistible de la eternidad? Pues yo os escucho: yo os sigo, yo me propongo meditar sobre los dias antiguos y tener presentes los años eternos, y no apartarme un ápice de vuestra ley santa. Si es necesario para no perderos apartarme del seno de mi familia, dejar mi patria, sepultarme en horrosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de mis maceraciones, y que las montañas y cavernas resuenen con mis profundos llantos y gemidos, aquí me teneis, ni un momento me detengo en decidirme. ¿Quién, Dios santo, misericordioso y justiciero; quién puede sostener la idea de una alma inmortal destinada á gozar de la gloria y esencia del Ser infinito, hecha víctima indestructible de vuestra cólera é indignacion? Una felicidad eterna y una eternidad lamentable, desgraciada, espantosa, llena de horror y de desesperacion...! Ya estoy decidido. Dadme, Dios mio, alas de paloma para volar y esconderme en el desierto: haced que no piense mas que en vos, Dios del tiempo y de la eternidad, y no dejéis expuesta mi debilidad á las olas borrascosas de un mundo agitado por los vientos furiosos de falsas doctrinas, ni á la calma letárgica de un indiferentismo criminal propio de los réprobos. Virgen adorable, ángeles del cielo, santos de la corte celestial y justos de la tierra: yo os invoco, imploro vuestro auxilio, y confiado en vuestra caridad incomprensible voy á buscar al Dios de la consolacion en el silencio del desierto, imágen de la eternidad.» Así se explicó san Atilano á la entrada de su vida en el uso com-



pleto de su razon. No esperéis verle mas en el mundo como hombre de pecado, porque la idea de la eternidad le va á transformar en un ángel de luz capaz de iluminar con sus ejemplos á los fieles hijos de la gracia.

Ved cómo nuestro santo huye á los quince años de su edad de la casa paterna, y se refugia al asilo seguro de un monasterio del orden esclarecido de mi padre san Benito, cerca de Tarazona: cómo consagrado con los votos monásticos acreditó con su fervor, con su observancia regular, con su eminente virtud y con su admirable ejemplo la verdad de su vocacion, la firmeza de sus propósitos y los deseos ardorosos de ser absorbido en la inmensidad del Eterno, principio, medio, objeto y fin de todas sus obras, palabras y pensamientos, y como su Redentor glorioso, magnífico, grande y omnipotente difunde en el corazon de su siervo aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita y eterna... Ah! Los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente; la excelencia de esta comunicacion divina es superior á su capacidad; no puede expresarse sino con el silencio, con el respeto y la profunda adoracion del que la siente y se sacia con ella como el contemplativo san Atilano, á quien todo parecia poco por ganar la amistad de Jesucristo. Pensaba de continuo en la eternidad: decia con el Apóstol, que no tenían proporcion las penitencias, los trabajos y penalidades de esta vida con el premio de la gloria eterna ofrecido á los hijos de la fe, y de aquí el deseo de adelantar en la perfeccion por lo mas perfecto del cristianismo. Penetró en el monasterio del penitente Atilano la fama de santidad en que vivia san Froilan, siendo la admiracion de cuantos tenían noticia de sus austeridades y prodigiosas penitencias hácia las montañas de Leon: quiso nuestro santo asociarse á aquella antorcha, y aprovecharse de la llama celestial que descendia del seno de la eternidad al alma de su siervo para iluminar á los mortales en su tenebrosa peregrinacion: consultó con el cielo; pidió y obtuvo licencia de su prelado, y marchó á buscar á san Froilan, como Naaman, siro, á Eliseo, ó como el grande Antonio á san Pablo, primer ermitaño. Le encontró al fin; y ¿no habeis observado cómo se unen el iman y el hierro, cómo simpatizan entre sí las semejanzas, y cómo corren uniformes las aguas hácia su centro? ¿No sabeis cómo las virtudes se en-

lazan, se estrechan, se fortifican, se comunican su energía, y hacen una alianza difícil de romperse, como lo dice el doctor meliflúo? Pues estos símiles os harán conocer lo que pasó en la primera vista que tuvieron san Atilano y san Froilan. Un mismo espíritu los animaba y dirigia, un mismo pensamiento los ocupaba, un mismo objeto los llamaba, y un mismo fin los movia. Ambos se consideraron como dos gotas de agua destinadas á caer en el océano inmenso de la eternidad; se propusieron meditar la ley santa del Señor, pensar en los dias antiguos, y tener en su mente los años eternos para excitarse á los rigores de la evangélica mortificacion, á las austeridades de la penitencia y á los ejercicios asombrosos de los anacoretas. Miraban á Dios como á su Padre y se deleitaban de verle ostentar ante todas las grandezas de la tierra el magnífico esplendor de su poder y la gloria de su imperio eterno. Amaban, servian y hacian la voluntad del Padre celestial: eran fieles hijos del Evangelio, la gracia los inspiraba, se formaban en la virtud; y considerad aquí, señores, considerad aquí dos justos con la paz que anunció la milicia celestial á los hombres de buena voluntad, y haced comparaciones. ¿Puede un vil esclavo de sus pasiones mirar cara á cara el aparato que rodea al trono de su Criador, y permanecer tranquilo á la vista de Dios que bambolea los desiertos y estremece los cimientos de las montañas? Si el Señor que me ha criado y sondea los corazones viene sobre mí cuando la iniquidad me ha separado de su escogida é inmortal familia, y airado me arroja al país tenebroso de los que maldecirán para siempre el dia en que nacieron...! Si llevo á morir en mi pecado... Dios mio! Qué ideas estas para un hombre de mundo! Ellas hacen que su tiempo sea tiempo de horror, de espanto, de remordimientos, de negros disgustos y de una vergüenza afflictiva é ignominiosa, al paso que el hombre de la eternidad adorando y sirviendo en espíritu y en verdad al Dios en quien es, en quien vive, en quien se mueve, en quien cree, en quien espera y á quien ama, es el hombre de los gozos verdaderos, de la alegría pura, de los deleites inenarrables que causan las señales de la pasion de Jesucristo en los que llevan su cruz con buena voluntad, y se complacen en padecer y sufrir por el que los llama hácia la inmensidad de su gloria. ¡O hombres del tiempo, de la ciencia humana, del mundo, de sus pompas y vanidades; y hombres de la eterni-



dad, del Evangelio, de la gracia y de la virtud! ¿Quién puede contemplaros con las luces de la razón y de la fe sin tener lástima y compasión de los hijos del pecado, y sin venerar á los que sacrificados por su Dios le ofrecen el incienso de su virtud en olor de suavidad, como lo dice el Sabio?

¡San Froilan con san Atilano, y san Atilano con san Froilan, en la mansión de un horroroso desierto, entregados á las dulzuras de la penitencia y á los consuelos de la oración! El mismo mundo admiraba en ellos lo mas sagrado y venerable que habia sobre la tierra, honraba en los escogidos del Señor el santuario de la gloria y de la luz que ilumina á todo el hombre que viene al mundo, como lo dice el Evangelista. Las gentes atraídas por la santidad de los anacoretas de las riberas del Esla, acudian á los héroes solitarios, imploraban su caridad, reclamaban en clase de hijos del Crucificado sus auxilios, se ofrecían á vivir como ellos con los alimentos de vida eterna, que llevan á los que los gustan á la inmensidad de los gozos del Señor, y no, no hallaron en nuestros santos unos corazones de bronce, ó unas entrañas de fiera como las de los tigres de la Hircania: Inspirados del cielo edificaron el célebre monasterio de Morerueta: se reunieron en él mas de doscientos monjes bajo la regla del gran padre san Benito: san Froilan fué su abad, y san Atilano su prior. Esto basta para que formeis la alta idea de perfección á que fueron llamados todos los santos cenobitas que se apartaron del mundo, para pensar en los dias antiguos y tener en su mente los años eternos en los silenciosos bosques de Morerueta. Pero no quería Dios que estuviesen ocultas las principales antorchas de santidad con que se dignó iluminar á nuestra feliz España, en los tiempos de sus mayores calamidades y desgracias. San Froilan fué puesto en la silla episcopal de Leon, y san Atilano en la de Zamora.

Obispos los humildes penitentes del desierto! Escogidos los últimos hijos de la casa de José para regir y gobernar el pueblo santo! ¡Qué adorables son los designios de nuestro Dios! Ya, Dios mio, han dejado de ser vuestros siervos san Froilan y san Atilano, los llamais vuestros amigos: habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal puede llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia y de vuestro poder sobre el corazón y pensamientos de los hombres: son, como vuestro

amado Hijo, el reflejo de vuestro resplandor, la reproducción de vuestra excelencia infinita, la figura de vuestra impenetrable sustancia; y adoran vuestra providencia, obedecen vuestra voz, dejan su amada soledad y marchan á cumplir vuestras órdenes celestiales. Dejemos á san Froilan ir á Leon á ser una copia fiel de los Ambrosios, Agustinos y Crisóstomos, y sigamos á san Atilano.

Entra este santo en Zamora, no como hombre sujeto á las humanas miserias, sino como un enviado del Señor revestido con su infinita dignidad, y autorizado para obrar en su nombre como príncipe de la paz, como padre del futuro siglo, y como árbitro de los señores de la tierra. Se hace presente á sus ovejas, las trata con la mayor dulzura; les manifiesta su entrañable amor y benevolencia; se ofrece como buen pastor á dirigir á todos sus súbditos por los caminos de la virtud á la feliz eternidad; se hace dueño de los corazones de sus hijos, y fácil fué con la gracia del Señor á su infatigable celo, el reformar las costumbres, el reedificar los templos destruidos por los moros, y el restablecer la disciplina de la iglesia, bastante relajada, á la pureza de los antiguos cánones. Hizo cuanto le inspiró el Señor en favor de la grey que se le habia confiado; pero como todo lo obraba bajo la impresión de la eternidad en que se ocupaba su alma, y miraba su salvación como el único negocio importante de la vida, determinó ir en peregrinación á visitar los santos lugares que venera la cristiandad, y traer de ellos para sí y para su pueblo gracias abundantes con que poder arribar á la gloria. Bendijo á sus diocesanos, y dejando arreglada la administración espiritual y temporal de su santa iglesia, salió en hábito de pobre de Zamora, llegó al puente que hay sobre el Duero, arrojó á las aguas su anillo pastoral diciendo: *Cuando te vuelva á ver estaré seguro de que Dios me ha perdonado*, y pidiendo una limosna de puerta en puerta no paró hasta que con la mayor devoción visitó los lugares sagrados que se habia propuesto visitar. Dos años ocupó en este penoso trabajo; consultó como acostumbraba con el cielo, é inspirado se volvió á su obispado con deseos de agradar á su Dios, de ser útil y provechoso á los fieles, y de preparar su alma para la morada de los benditos del Señor. Llega á un arrabal de Zamora al tiempo de oscurecer, pasa la noche en la ermita de san Vicente, y el dia siguiente fué el dia de los pro-



digios y maravillas, el día de mayor júbilo y alegría, el día de las revelaciones del Dios de la eternidad. Traen los ermitaños unos peces, los entregan á su huésped Atilano, sin saber quién era, para que los limpie; toma un cuchillo, y al querer sacar á un pez las tripas, sacó de entre ellas el anillo episcopal que había arrojado al rio al tiempo de salir á su peregrinacion. Entónces fué cuando puesto de rodillas y levantando las manos, la vista y el alma á los cielos, dijo lleno de amor y de agradecimiento: « Bendito sea el Señor Dios de Israel, que visitó é hizo la redencion de su siervo: engrandezcan todos los que le conocen sus misericordias, porque las derrama con tiempo oportuno, ensalza á los que le temen, y jamas confunde á los que esperan en él. Cuándo, Dios mio, merecí yo ver tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! Bendito seas eternamente, porque tú solo obras semejantes maravillas y consuelas de este modo á los que te sirven con corazon contrito y humillado. » Acabada esta oracion, se vió el santo milagrosamente vestido con las ropas pontificales; se tocaron por sí solas todas las campanas de Zamora; infundieron un gozo celestial en los corazones de las gentes; se difundió por todas partes la voz de que había llegado el santo obispo, y todos, todos sin quedar uno solo fueron á recibir á su prelado y á llevarle en triunfo á la casa del Señor.

Así demostró Dios la santidad de san Atilano: de este modo manifestó lo agradables que le habían sido sus pasos, y las virtudes que adquieren los que se proponen pensar en los días antiguos y tienen siempre en la mente los años eternos. Aun vivió nuestro santo siete años con sus amados zamoranos, derramando sobre ellos las mayores gracias y beneficios. Pero al fin llegó el gran día del premio y de las recompensas; murió con la paz de los justos, voló su bendita alma á la mansion de la gloria, y yo estoy en mi derecho para decir á cuantos me escuchan: Señores, el pensamiento de la eternidad hizo santo á san Atilano. Sea tambien el vuestro, y sereis salvos y recompensados como él.

Y vos, santo mio, atended á mi confusion, dulcificad la amargura de mi alma. A vos os elevó la idea de la eternidad hácia el cielo; á mí me abate, me oprime, me hiere mortalmente, me degrada y me confunde la idea de lo caduco, de lo carnal y terreno en que viven con ignominia los hijos del tiem-

po de corrupcion, que ha de pasar como la luz del rayo para no volverse á ver jamas. Alcanzadme del Padre de las misericordias la gracia de conversion y penitencia que hace ángeles de pecadores, y haced que todos os imitemos pensando de continuo en la eternidad en esta vida, para que seamos felices con vos en la inmensidad de la gloria. Amen.